



IV DOMINGO DE CUARESMA*

“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: 2 Crónicas 36,14-16.19-23; Efesios 2,4-10; Juan 3,14-21

Al promediar el tiempo de cuaresma, en camino hacia la Pascua, las lecturas del cuarto domingo, especialmente el evangelio y la carta a los Efesios, nos hacen caer en la cuenta de cómo el amor del Padre es la clave y el fundamento de la Pascua y de la salvación. Otras explicaciones, tratando de justificar la pasión y la muerte de Jesús como necesarias, como sacrificios expiatorios, para la salvación y el perdón del pecado de la humanidad, habían terminado distorsionando el rostro de Dios. Dios, presentado como señor infinitamente ofendido por el pecado de los seres humanos, exigía una satisfacción de valor infinito -la muerte de su Hijo hecho hombre- para otorgar el perdón y la reconciliación. Ese enfoque ha inspirado lamentablemente muchas catequesis y cursos de religión alentando una espiritualidad de temor al Dios castigador, que sólo puede aceptar reconciliarse mediante el sufrimiento y el sacrificio de los seres humanos.

Una nueva sensibilidad humana y religiosa, pero sobre todo una vuelta a alimentar nuestra fe con los textos y el espíritu de la Escritura, nos permiten redescubrir una verdad fundamental: Dios no es un obstáculo, sino que su amor primero está en el origen y fundamento de la salvación.

Para las primeras comunidades cristianas, que se habían constituido como tales a raíz de la fe en la resurrección, la muerte ignominiosa de Jesús en la cruz seguía significando un desafío. Lo constata Pablo y lo recordaba la lectura del domingo pasado: “... un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles” (1Cor. 1,23). En el fondo, ¿dónde estaba Dios?, ¿qué tiene que ver el Padre en la muerte de Jesús? Pregunta que, de alguna manera, surgió también en muchas buenas personas ante el sufrimiento y la impotencia que se vivió a raíz de la pandemia y sus consecuencias de muerte y desamparo; pregunta que permanece agazapada en muchas personas cuya vida y dignidad se han visto maltratadas por el empobrecimiento, la inseguridad, y por el desprecio de los que se sienten poderosos. ¿Qué tuvo que ver Dios en la muerte de

* Ciclo A

Jesús, qué tiene que ver Dios en tanto sufrimiento de los pobres? Cuando el interrogante se plantea honestamente, porque realmente choca con la idea que uno tiene de la bondad de Dios, no es fácil, ciertamente, formular una respuesta que acalle y tranquilice de una vez la inquietud, pero se puede encontrar desde la fe alguna orientación que acompañe e ilumine en el camino.

La lectura del evangelio nos sitúa en el contexto del diálogo de Jesús con Nicodemo, el visitante nocturno que, interesado “porque nadie puede realizar los signos que tú realizas, si Dios no está con él” (Jn.3,2), quiere saber más del “Rabbi” nazareno. El evangelista -como acostumbra en los otros capítulos de su evangelio- compone un largo comentario de Jesús, en el que se apunta al misterio de su persona: la relación con el Padre y su misión, la salvación. En la respuesta de Jesús a Nicodemo la expresión “así tiene que ser elevado el Hijo de hombre” hay una clara alusión a la Pascua, muerte y resurrección. “Elevado” en la cruz y “elevado” del sepulcro a la gloria del Padre, se identifican en el cuarto evangelio. La referencia a la serpiente elevada por Moisés en el desierto (Números 21,4-9) queda superada definitivamente. La “elevación del Hijo del hombre” no libra del mal de una picadura de serpiente, sino que salva para que “el que crea tenga vida eterna”, expresión que en el cuarto evangelio es sinónimo de salvación plena.

Respecto al misterio pascual -muerte y resurrección de Jesús-, como explicación última está al amor del Padre, que “entregó a su Hijo unigénito” para la salvación del mundo, no para su condenación. El amor que Dios nos ha manifestado en Cristo es para salvación, “vida eterna”, vida en plenitud, vida originada y sostenida en el amor que nos hace hijos e hijas de Dios y nos hermana entre nosotros. El “juicio” de Dios no condena, son “las obras malas”, es decir la negación a ser amados y a amar, lo que nos condena. Por el contrario, acoger y vivir la salvación significa “obrar la verdad”, “que sus obras están hechas según Dios”, en el amor. Con otra imagen muy presente en este evangelio la tensión se manifiesta entre vivir en la luz y en las tinieblas. Esta trama de conflicto en la historia humana, se manifestó en la muerte de Jesús vencida, no anulada, por amor del Padre en la resurrección. La tensión y el conflicto continúan en nuestros días, se manifiestan con claridad en la manera de afrontar y de gestionar -con solidaridad fraterna o con individualismo egoísta- la desigualdad creciente e injusta, las carencias de servicios básicos para una vida digna que afectan a una gran mayoría de personas pobres en nuestra sociedad. Lo que dice Jesús significa que, pese a que con frecuencia “los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”, la humanidad está envuelta en el amor de Dios, que, desde lo más profundo de nosotros, los seres humanos, pugnan por hacer brotar lo mejor de cada uno. Para eso envió a su Hijo unigénito, para “que el mundo se salve por él”. La salvación, más que un bien futuro a lograr, es un don ya presente a acoger y a vivir en “obras (que) estén hechas según Dios”.

Finalmente, eso explica histórica y teológicamente la muerte de Jesús. El amor del Padre envía a su Hijo no para la muerte, sino para que nos comunique su amor, con una entrega y una manera de vivir que de hecho lo llevó –“los hombres amaron más las

tinieblas que la luz"- a la muerte en cruz. El amor del Padre siempre está presente en todas las personas y en todas las situaciones impulsando la fraternidad, la justicia, la vida. La afectación misma de la pandemia y las situaciones inhumanas en las que muchos hermanos se encuentran hubieran sido otras, si el amor recibido de Dios hubiera cristalizado en políticas e instituciones centradas en la protección y prevención de la salud, así como en políticas económicas y sociales realmente interesadas por el bien común y la vida de los más vulnerables.

La lectura de la carta a los Efesios abunda en las mismas ideas. Con la misma fuerza recuerda: "Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo... y con él nos resucitó...". Compasión, misericordia, "gran amor" definen la presencia salvadora de Dios en la historia. La historia humana es desde su origen "historia de salvación", La salvación, don del amor gratuito de Dios, demanda manifestaciones concretas en esa misma historia humana, Como dice el texto: "en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos", es decir, actuar en la luz y en la verdad movidos por el amor. Es nuestra responsabilidad, personal y comunitaria, discernir en cada tiempo -¡en éste!- la concreción necesaria de esas "obras buenas", con la mirada puesta tanto en las urgencias del presente como en las transformaciones necesarias para un mañana distinto, más justo, solidario y fraterno.

La misma idea la encontramos en la primera lectura. Los reyes y dirigentes del pueblo "multiplicaron sus infidelidades". En contraste la fidelidad de Dios por su pueblo se multiplicó -"porque tenía compasión de su pueblo" (2Cro.36,15)- con el envío de mensajeros y profetas, que fueron despreciados y no escuchados. Sobrevino la gran catástrofe del destierro en Babilonia, pero que no se convirtió en desenlace final. La compasión de Dios por su pueblo suscitó una nueva oportunidad, como habían anunciado los profetas: volver a la tierra, renovar la Alianza, esperar un Mesías salvador. La lectura del evangelio nos recordaba que Dios cumplió con creces su promesa enviando a "su Hijo unigénito" como manifestación definitiva de su amor, no para un juicio condenatorio "sino para que el mundo se salve por él".

Cuaresma, repetimos un domingo más, es un tiempo de conversión al siempre sorprendente amor de Dios y al consecuente servicio liberador a las y los hermanos más abandonados y marginales, a los que Jesús denominó: "estos hermanos míos más pequeños" (Mt.25,40).*

* Ciclo A